

**LA INSÓLITA
BÚSQUEDA
DE ZULI LINARES**

MARIANA OSORIO GUMÁ

**LA INSÓLITA
BÚSQUEDA
DE ZULI LINARES**

© Mariana Osorio Gumá, 2024

Diseño de portada: E.L., S.A. de C.V. con la colaboración
de Daniel Bolívar

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-544-2

Primera edición, julio de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México – Printed in Mexico



Para Marinés García Canal, con infinito agradecimiento por compartirme su biblioteca, por las conversaciones fuera de serie, por las risas imparables y por el gusto de beber juntas martinis secos los viernes por la tarde. Y también, por supuesto, por haberme enseñado a leer el *I Ching*.

Advertencia: los personajes y sucesos de esta historia son producto de mi imaginación. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Parte 1

Sigue tu corazonada: estás a punto de entrar al laberinto

Números de la suerte: 7, 8, 11, 13, 19, 24

La mañana en que Zuli Linares despertó sin memoria

El timbre del teléfono la obligó a salir de un sueño profundo y escurridizo que no le facilitaba abrir los párpados por más que la seguidilla de timbrazos, que parecía venir de una dimensión lejanísima, no tuviera intenciones de parar.

Ring

Ring

Ring

El aparato repicaba y le costó reconocer qué era aquel molesto ruido que venía del más allá. Hizo varios intentos por despegar las pestañas: sentía la piel cosida alrededor de los ojos y tenía engarrotados músculos y articulaciones. Una molestia indefinida se le incrustaba en la carne. Estar muerta era una explicación lógica frente a la fragmentación de su pensamiento, aunque, cuando logró conectar algunos cables se dijo que si le fastidiaba el cuerpo de esa manera, sólo podía significar que seguía viva. Hizo un gran esfuerzo y cuando al fin logró echar a andar el cuerpo y abrir los

ojos, contempló la habitación a través de una nube: una costra delgada pegada a las pestañas le impedía enfocar la vista. No tenía idea dónde estaba. Fue Demonio quien la orientó al treparse a su abdomen para darle golpecitos en el pecho con sus patas peludas. Zuli se movió lo suficiente para que el felino brincara hacia un lado.

Estás en tu house, morra loca. Y no me avientes así, que no soy de hule.

Después de encontrarse con aquellos ojos de un azul intenso, sopesó el mensaje de su adorado e implacable siamés.

—Carajo, me duele todo. ¿Qué me pasó, Demonio? *Sepa. Pero ya párate, que me urge echarme algo al buche.*

Zuli Linares contempló la lámpara que colgaba del techo, se detuvo en las paredes atiborradas de imágenes y, al girar el rostro, recorrió las grecas del piso de su departamento. Una alarma de coche aulló en la calle, el maldito teléfono volvió a timbrar y sintió que la cabeza iba a estallarle en cualquier momento.

Se arrastró hasta el librero donde estaba el aparato, levantó la bocina y se la pegó a la oreja.

—¿Zhuli Lin?

Notó la h intermedia, como si el sonido de la u se alargara. Y ese Lin, tan ajeno y oriental como sus mismísimos ojos rasgados.

—¿Quién habla? —Se incorporó con trabajo y se miró la mano libre: estaba repleta de manchas de mugre, de rasguños. ¿Esas costras eran sangre seca?

Del otro lado de la línea la voz femenina de tono infantil, insistió:

—Dejar bolsa y cosas de tú. Yo dar cosas de tú. Restorán Siete Mares. Venga, antes nueve noche.

—¿Qué, qué? ¿Quién habla? —se oyó repetir con esa rara voz afónica que salía de su propia garganta.

Separó el teléfono de la oreja para observarlo como si el aparato fuera capaz de explicar de qué se trataba esa llamada.

—Restorán Siete Mares, ya decir a tú —insistió la voz de mujer—. Dejar cosas. Ir sin pagar. Venga antes nueve. Yo dar cosas. Tú pagar. —Cortó sin más.

Dejó el aparato en su lugar y alzó la cabeza: el reloj sobre el librero marcaba las once de la mañana. El dolor agudo vagaba bajo su piel y se miró como si ella misma fuera una extraña: la ropa rota, las manos manchadas y adentro aquella confusión y el mareo de su cerebro mal conectado. Echó un vistazo alrededor: la puerta de entrada al departamento estaba cerrada. El llavero aventado en un rincón. Era el llavero de la copia de seguridad que solía enterrar en el macetero de afuera, el del pasillo, que usaba rara vez y sólo en caso de perder el original. Trató de recordar cuándo, cómo, dónde lo había perdido.

Bolsa de tú.

Repasó con la vista los rincones: ni un solo rastro de *su* bolsa.

Había estado en...

Blanco.

Se tocó la cabeza. Llevaba puesta la peluca negra y lacia, la que le llegaba hasta el hombro. Se la quitó para mirarla: estaba despeinada y sucia. Recordó su propia cara en el espejo la tarde anterior, mientras se

maquillaba para salir: el momento de colocarse la peluca, de peinarla con cuidado, de ponerse un pantalón de mezclilla, una camiseta ajustada de escote en V, que dejaba ver la cicatriz que tenía a dos centímetros debajo de la clavícula. Le había untado una capa de maquillaje para disimularla.

¿Ya se te olvidaron los chinos? Vives en lalalandia, morra destuercada.

El barrio chino. Agarró a Demonio, que se había trepado a sus piernas, para abrazarlo. Como de costumbre, la voz despiadada de su inclemente y amada mascota solía soltarle las pistas necesarias para ubicarse en el mundo.

A través de la neblina instalada en su cabeza, Zuli logró entrever imágenes de la tarde anterior: había ido a tomar fotos del Año Nuevo chino, pero no lograba distinguir qué había ocurrido entre el momento de salir a la calle y el de despertar en el piso de su departamento hecha una piltrafa. Alzó la vista. La luz se colaba por las persianas: partículas de polvo flotantes como naves espaciales en miniatura, recién llegadas de otra galaxia. Ruidos de autos. Voces lejanas. El ladrido de un perro. Notó que el piso y las paredes del pasillo tenían manchas. El viejo sofá cama de la sala no había sufrido cambios. Las sillas y la mesa en su lugar. El librero, con su habitual desorden. Demonio se zafó de su abrazo para echarse sobre el tapete de óvalos. Salvo las manchas de la pared con las huellas de sus propias manos y el estado calamitoso en que se encontraba, el resto de los objetos ocupaban su sitio habitual.

Palpó una protuberancia en su ojo izquierdo. Algo no andaba bien con su cara.

Lanzó un vistazo hacia la puerta cerrada del cuarto de Gonzalo.

—¿Gonzo? ¿Estás? —Se arrastró un poco hacia allí, para escuchar si su amigo dormía.

Silencio.

Era media mañana. Él nunca dormía hasta tarde por más que se desvelara. Sospechó que no había llegado la noche anterior y logró sentarse para recargar la espalda sobre el sofá, junto a la mesita. Encendió una colilla olvidada en el cenicero. Miró al gato. Un frío impreciso, una temblorina imparable le venía de adentro. Imágenes, figuras, sensaciones pasajeras reventaban como burbujas de aire hasta escurrírsele del pensamiento. Contempló el techo: la humedad generaba líneas, dibujos de cuerpos y rostros. En la lámpara de papel había manchas de polvo y, al interior, cadáveres de insectos tras ser incinerados por la luz del foco.

¿Por qué no te ves la face en un espejo y dejas de estar fri-teando?

Demonio tenía razón. Zuli se levantó agarrándose de las paredes para llegar hasta el baño. Al mirar su reflejo, sintió cómo un golpe helado la recorría desde los pies hasta la nuca. Acercó el rostro al cristal: el ojo izquierdo era un globo amoratado, tenía restos de mugre y sangre pegados a la piel, la nariz y los labios estaban muy inflamados. Notó un ardor intenso bajo el pecho y se quitó la camiseta. El suelo se hundía bajo sus pies.

—¡Mierda!

Bajo el seno izquierdo tenía grabado un caracter chino de unos ocho centímetros. La piel inflamada le daba cierto relieve y había restos de sangre. ¿Cuándo se había hecho ese tatuaje? Pasó los dedos por sus líneas. La cicatrización apenas había empezado. La frescura de la tinta brillaba bajo su piel y francamente no encontraba una sola explicación que le permitiera comprender qué le había pasado como para terminar golpeada y con un tatuaje grabado cuando, antes de algo así, hubiera preferido rebanarse un dedo. Contempló el signo chino como si fuera un animal ponzoñoso adherido a su cuerpo.

Zuli Linares se dejó caer sobre la tapa del váter con la cabeza entre las manos y sintió el olor de la suciedad, de la sangre seca pegada entre los dedos. Los hizo girar varias veces frente a sus ojos mientras una duda inquieta se le revelaba en su cabecita inconexa: ¿esa sangre era de ella o de alguien más?

Ay, morra. ¿Ya ves cómo eres? En una de éstas hasta te echaste a un humanito.

Se giró para contemplar el gesto impasible del gato.

—Cállate, Demonio. No me asustes.

Al levantarse sintió un leve temblor en las piernas. Respiró hondo. Abrió la regadera, terminó de desnudarse y se metió a la ducha caliente. Tenía que pensar. Pensar. No era posible que hubiera olvidado una tarde de su vida, una noche completa. El agua caliente le recorrió la piel, entró por sus poros y la fue aliviando. Se lavó con cuidado el tatuaje tocándolo como si se tratara de un nuevo miembro que acababa de salirle a

su cuerpo extraterrestre. Lo secó con calma y le echó alcohol para desinfectar. Volvió a mirarse al espejo. La ducha le devolvía un poco de cara, a pesar de la hinchazón y los moretones. Se echó unas gotas en los ojos, se untó un desinflamatorio. Se puso crema.

Al salir del baño, se echó boca arriba sobre la cama destendida e invocó algún destello que le insinuara dónde había estado. Notó un frío impreciso, esa temblorina indeseada que seguía allí, como al acecho.

¿Por qué mejor no te pegas un tiro, morra zuaca?

—¡Déjame en paz, pinche Demonio! —le gritó al gato.

Envuelta en la toalla, se acurrucó junto a su mascota y le bastaron pocos segundos para caer en las honduras de un sueño inquieto.